

LA SERIEDAD DE LA ÉTICA

JOSÉ LUIS DEL BARCO

Ethics is a serious matter as human actions are cybernetic. Actions are not lost nor do they leave the agent unaffected. Every single actions returns to the agent in the form of a fine chisel that carves him from inside. The interior quality brought about by our actions is called vice and virtue.

“Si Hegel hubiera vivido en Andalucía, habría escrito otra filosofía”. Esta frase sorprendente escribió un buen día Polo en una bodega oscura de un pueblo blanco andaluz. Visitaba, encaramada en alcores en medio de la campiña, la cordobesa Montilla. Recorrió sus calles pinas, respiró sus aires limpios, olió sus fragancias suaves, vio atardecer lentamente y admiró cubas de roble colmadas de manzanilla. Y en uno de los toneles, ¿la habrá borrado ya el tiempo?, dejó escrita la sentencia. ¿Qué habría pensado el gran Hegel si sus ojos penetrantes se hubieran sentido heridos por latigazos de luz? ¿Habría enseñado a los hombres que tan sólo parpadean, como el último hombre de Nietzsche, a mirarse y a mirar? Y también ha escrito Polo, en sus libros no en toneles, que la moral es muy seria¹. ¿Por qué es sería la moral? Si su gravedad solemne dependiera del paisaje, ¿cómo conservarla aquí, donde yo me hallo, frente a la mar complaciente de alegre sonrisa blanca, que restalla haces de luces y entona cantos de olás? ¿No habría que decirle a Polo, como Polo dice a Hegel, que de haber vivido aquí hubiera escrito otra ética? No. No habría que habérselo dicho. Acierta Polo al decir que es cosa seria la ética. Trataré de demostrarlo.

Empezaré aquilatando la palabra “seriedad”. Es una palabra ancha de muchos significados. Seria se dice que es la persona que no ríe. Serio es el poco propenso a alegría y regocijo. Los serios son los adustos y de semblante severo. Los que al hablar y al mirar muestran rabias atrasadas. Los que casi siempre tienen cara de pocos amigos. Si alguien pone cara seria es porque está disgustado. Y llamamos “cosas serias” a sucesos desgraciados: las enfermedades graves, la pérdida irreparable, los sustos y contratiempos. ¿Es así sería la ética? ¿Una moral circunspecta, grave, tétrica, ceñuda, hosca, taciturna, seca? ¿Es inapropiado hablar de deberes y de normas, de vicios y de virtudes, de maldades y de bienes, de crecimiento esforzado y de un ascenso perpetuo, de mejorar y subir en medio de “esta naturaleza amable que nos brinda sus

¹ L. Polo, *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, Unión Editorial, Madrid, 1996, 83 (cit. *Ética*).

cálidas delicias y esa luz enjambrada entre las olas”²? De ninguna manera. De eso se puede y se debe hablar en cualquier tiempo y lugar y contra viento y marea.

Hace falta descubrir otros sentidos de “serio” para entender hasta el fondo la seriedad de la ética. “Serio” señala también lo real y verdadero, sin doblez ni disimulo, sincero, sin burla, guasa o engaño. Se llama “personas serias”, desde este punto de vista, a las personas formales. Serios son los responsables, de palabra, no sujetos al capricho. Serios son aquellos hombres que cumplen sus compromisos. El hombre serio no engaña. No tiene negocios sucios, ni manejos, ni chanchullos. Quien se toma en serio algo es aquel que no trampea. El que va en serio y de veras: con la mirada derecha. La seriedad valiosa, la que no tiene que ver con penas y abatimientos, es la formalidad sensata. Es dignidad y decoro. Asuntos y cosas serias son problemas importantes. Son las cuestiones de veras y sin trampa ni cartón. Decir que la moral es seria es decir que no es trivial. La ética no es informal ni ligera. Hablar de seriedad de la ética en estos tiempos que corren, divertidos y animados, donde todo es espectáculo y se toma a broma todo –*Entertainmentgesellschaft*, sociedad del espectáculo, ha llamado Martin Doehlemann a nuestra festiva época³– es dar de lleno en el clavo. Es sustraer las acciones a la ola insustancial de frivolidad ligera. Para rescatar la ética del carnaval permanente de burla e ingeniosidad no importa nada el paisaje. La mar relampagueante, aunque parece dormida, trama y bulle sin parar. No está parada ni quieta. Su movimiento incansante invita a quien la contempla a obrar sin pausa ni tregua para que la vida crezca.

¿Y qué hace sería a la ética? La condición asombrosa de las acciones del hombre. La acción humana es tremenda. Es insólita y extraña: es una acción cibernética. Cuando obramos o actuamos labramos nuestro interior. A veces cambiamos el mundo. Pero siempre, y en esto no hay excepciones, “nos cambiamos” a nosotros. Si la acción es transitiva, el resultado palpable es un objeto exterior. Pero el efecto más “serio”, aunque no tan ostensible, es el cambio de uno mismo. Al lanzar notas al viento, llenando el aire de arpegios armónicos y afinados, el violinista mejora su figura musical. Se hace un músico virtuoso. Las acciones inmanentes, que pasan inadvertidas para el ámbito exterior, nos configuran por dentro. No dejan apenas rastro en el mundo de las cosas. Su huella se queda en mí. No hay manera de evitar que mis acciones me labren. Soy hecho por lo que hago. Mi morfología interior es hechura de mis actos. Cuando yo ejerzo una acción me estoy retroalimentando. La acción que yo realizo rebota y regresa a mí. Yo no puedo limitarme a hacer y hacer a lo loco como si me diera igual o me fuera indiferente hacer una cosa u otra. Ni me puede dejar frío hacer o dejar de hacer: me juego la vida en ello. La acción humana no es un

² J.A. Marina, *Ética para naufragos*, Anagrama, Barcelona, 1995, 9.

³ M. Doehlemann, *Langeweile*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1991, 10.

inocuo pasatiempo. Mi complejión interior depende de lo que haga. Cuando ha salido de mí, regresa, forzosamente, convertida en un cincel. La acción no pasa por mí sin romperme ni mancharme. Como afilado escalpelo va tallándome por dentro. Ella misma es el modelo para esculpir mi carácter. El hombre escoge su estilo –su idiosincrasia moral– con las acciones que hace. Si gorronea se hace gorrón, si disimula ladino, si da desprendido, si ora devoto y si pinta y pinta aprende a ver. He aquí una conclusión: al actuar me la juego. Por eso es seria la ética.

Acierta el juicioso Sócrates al preferir padecer que cometer injusticia. Cuando soy yo el que la sufre, tan “sólo” lo paso mal. Pero si yo la perpetro me convierto en un injusto. Y eso no pasa tan pronto. Eso se queda conmigo. Tampoco va descarriado el arrebatado Nietzsche. “Para que yo me desprecie es menester que me acepte como despreciador”. Si yo no me acepto así, no hay acciones de desprecio. Las acciones que se hacen forman al yo que las hace. Lo forman y determinan. La diferencia entre Nietzsche y Sócrates está “en que la voluntad de poder es determinante del yo, mientras que en la ética clásica el yo es determinante de la voluntad”. “Aquí”, dice Polo, “es donde se halla el entronque moral de los actos. Si yo cometo un acto de asesinato me hago asesino. El acto de asesinar no es un acto que ejerzo sin que a mí me pase nada. Un acto voluntario es doble desde el punto de vista de su eficacia. Por un lado está el producirlo, lo externo. Por otro el acto es determinante del ser humano, lo que a mí me sucede”.

La complejión interior, como el estilo, se consigue a fuerza de tachaduras y enmiendas. “Era un tiempo fúnebre, con un cielo turbio y bajo y un denso olor de aguas dormidas”. ¿Cuántas cuartillas emborronaría García Márquez para redactar esa línea? ¿Cuántas correcciones haría Hölderlin para escribir *Brot und Wein*? ¿Cuántas raspaduras en el pentagrama haría Bach para componer el *Violinkonzert* en sol mayor? La vida es como el estilo: se hermosea rectificando. La acción recta es siempre acción corregida. La ética permite escribir la crónica de la vida con buen estilo. No en balde se habla de parentesco entre ética y estética. Platón designaba lo bueno con un término que significa también lo bello. Collingwood compara el espíritu estético con el crecimiento ético. Los dos siguen su marcha ascendente con esfuerzo. Los dos avanzan dando tumbos: cayendo y levantándose.

Contemplado desde aquí el hombre nos aparece como un ser muy singular. Un prodigio y un portentoso. El hombre domina el mundo. Así han sido siempre las cosas desde el origen del tiempo. Adán hubo de ocuparse, por expresa orden de Dios, de poner nombre a las cosas. Y Dios encargó a los hombres gobernar la realidad. El hombre empuña las riendas, lleva el timón de la nave, domina sobre las cosas. “El hombre es señor del mundo y controlador de su conducta”⁴. Si una montaña

⁴ L. Polo, *Ética*, 38.

interrumpe su marcha perseverante la traspasa o la rodea. O la escala con destreza para encumbrarse a la cima. No teme los temporales. Vence el frío y el calor con igual facilidad. Habita todos los medios. Su alimento es cualquier dieta. Y ahora piensa construirse ciudades intergalácticas para vivir en las nubes. Nadie resuelve problemas como lo resuelve él. “Es mejor solucionador de problemas”, dice Polo, “que el resto de los seres vivientes del planeta”⁵. Un personaje de Goethe, en su magnífico *Fausto*, se refiere a su grandeza, a su excelencia de hombre, con un verso insuperable: *Ich Ebenbild der Gottheit*⁶. Además de todo esto, sin duda muy importante, el hombre es un ser moral. Las leyes de su existencia son peculiares y únicas. Más que vivir simplemente, rige y gobierna su vida. Su existencia está a su cargo. Caminamos y avanzamos con “nuestro existir a cuestas”. No podemos descansar, como el animal o el astro, “en nuestro acontecer temporal”. “La existencia es *yo mismo en mi libertad*”⁷. Las leyes extraordinarias –insólitas, sin igual– con que dirijo mi vida no son leyes automáticas. Son leyes que no se cumplen por sí y autónomamente: “que no se cumplen de suyo”⁸. Son leyes de seres libres: “del ser libre para ser libre”⁹. ¿Para qué sirve la ética? “La ética es para la libertad”¹⁰. ¿Hay razones de más peso para decir que es muy seria?

Obrando con libertad labra el hombre su destino. Es causa para sí mismo. Es, dicen Polo y Aristóteles, *causa sibi*¹¹. Por aquí asoma otra vez el cincel moldeador. Somos nuestros arquitectos. Moldeamos nuestro ser con el estilete fino de las acciones que hacemos. El hombre es el artesano, tallista de sus entrañas, que cincela su perfil a golpe de acciones libres. Labra y esculpe su vida. Es poeta de sí mismo. “Para Auguste Rodin”, escribió el profundo Rilke, “crear una figura significaba buscar la eternidad en el rostro, el trozo de eternidad con que participa en la gran marcha de las cosas eternas”. El artista hace en la piedra, en la madera o el mármol prodigios y maravillas. Y el hombre, un escultor de sí mismo que embellece lo que toca, hace cosas aún más grandes. Configura su silueta –su forma y su estampa ética– al realizar sus acciones.

Con una fórmula impar –genial, inspirada, única– ha expresado Polo la idea: “El hombre es el ser beneficiario de su propia actividad. O la víctima”¹². Beneficiario es el hombre, dice el lenguaje corriente, que

⁵ L. Polo, *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*, Rialp, Madrid, 1991, 20 (cit. *Quién es el hombre*).

⁶ J.W. Goethe, *Faust*, Beck, München, vers. 516, 614.

⁷ L. Polo, *Ética*, 62.

⁸ L. Polo, *Ética*, 57.

⁹ L. Polo, *Ética*, 59.

¹⁰ L. Polo, *Quién es el hombre*, 105.

¹¹ L. Polo, *Ética*, 57.

¹² L. Polo, “Tener y dar”, en *Estudios sobre la Encíclica ‘Laborem Exercens’*, BAC, Madrid, 1987, 219.

saca tajada de algo. Quien recibe donaciones o se lucra de un contrato es su beneficiario. En situaciones así se lleva la mejor parte. Pero a su "ser interior", su constitución profunda y su estilo personal no le afecta lo más mínimo. Ningún beneficio externo tiene tan grande poder. Ninguno me modifica ni me cambia hasta los tuétanos. Beneficios inherentes –taxativos, internos, intrínsecos– sólo los recibo obrando. El ser que conquisto obrando soy yo mismo: es mi ser. Eso sí es un beneficio. De manera parecida puede una persona ser víctima de alguna cosa. La víctima es el "pagano". Aquel que sufre los daños o resulta lesionado por las acciones adversas. Es el cabeza de turco. Pero en todas esas cosas soy víctima transitoria. Los perjuicios que recibo pasan como pasa el tiempo: volando, deprisa, huyendo. No hay mal que cien años dure. Pero si me hago mezquino cometiendo mezquindades, adquiero un natural estable. Junto a mí irá de por vida como si fuera mi sombra. Sólo el perdón indulgente de Dios misericordioso puede anular mi pasado. ¡Ser víctima o beneficiario! En tan grave alternativa nos sitúan las acciones. Por eso es seria la ética.

¿Y cuál es el beneficio de las acciones que hago? ¿Qué enriquecimiento obtengo cuando obro intachablemente? ¿Saco partido al obrar? Lo saco. Y muy substancial. Cuando mis acciones son dignas, benignas, benéficas, justas, debidas, morales, honradas, grandes, honestas; cuando son, sencillamente, buenas, obtengo un premio impagable. El laurel que yo recibo al obrar como se debe se denomina "virtud". Es inmenso el contenido de esta noción capital. Virtudes son excelencias. El lenguaje coloquial, lleno de matices finos, atribuye a la virtud capacidades espléndidas. La virtud es eficacia para hacer lo extraordinario. Son las buenas cualidades de las personas sin tacha. Las virtudes se atesoran como se guarda una joya. Quien tiene virtud –y amigos– tiene una mina preciosa. No se gastan al usarlas. Les ocurre lo contrario: crecen, se agrandan y aumentan con ejercicio y con práctica. Pero, antes de todo eso, es un premio que recibo.

Las virtudes son los hábitos. "La tenencia habitual", dice Polo, es "justamente la tenencia según las virtudes"¹³. La virtud es una disposición estable. Es aptitud, solvencia, capacidad. Tan arraigadas están las virtudes en el hombre que no es tan fácil perderlas. La posesión de virtudes es tenencia inamovible. El hábito no hace al monje. Pero la virtud estable, más sólida, durable y fija que el vestido de los frailes, sí hace al hombre que la tiene. Lo hace un ser de voluntad. Redobla el poder de amar. Le permite aproximarse a la felicidad. "Las virtudes morales fortalecen la voluntad: son hábitos perfectivos de la voluntad y, por serlo, fortalecen la capacidad de adhesión de la voluntad, es decir, la capacidad de amar; en cambio, los vicios empobrecen la voluntad, la estrepean, y por tanto disminuyen la capacidad de amar"¹⁴.

¹³ L. Polo, *Ética*, 92.

¹⁴ L. Polo, *Ética*, 114.

Caminando a orillas del mar siento el aire lelo del atardecer. En el *walkman* oigo una copla andaluza. El estribillo repite esta estrofa: “Y después de mucho caminar cara a cara me encontré con la felicidad”. La virtud no basta para llevarnos ante tan augusta señora. Pero, sin ella, no le veremos el rostro nunca. Por eso es seria la ética.

La ética proporciona el bien afable a la vida¹⁵. No se pierde en sutilezas ni exquisiteces ociosas. Ni cuadra con la moral el remilgo o la pamplina. En uno u otro momento, mejor antes que después, ha de llegar a la vida. Si la moral no llegara hasta el fondo de mi ser sería un entretenimiento. Pero si al hacer me hago, cambia el rostro de la ética. La ética debe conectar con la existencia del hombre. Su naturaleza entera ha de quedar afectada por las acciones que hace. No seríamos seres éticos si nuestras acciones libres pasaran siempre de largo. Pero el destino del hombre es mejorar y crecer. O empeorar y encoger. Vamos a más y mejor o a menos y a lo peor. Si el hombre fuera inmutable, si no cambiara al obrar, si nada le fuera en ello, ¿para qué valdría la ética? Pero al obrar cambiamos nuestro recinto interior. Los estados interiores que se siguen de los actos son vicios y son virtudes. Con los vicios disminuye mi vitalidad humana. Y con las virtudes crece. Con las virtudes aumenta mi vida y todo mi ser. Por eso se desespera el espíritu antiético. El hombre ufano y saciado, la humanidad satisfecha que estudió el agudo Nietzsche, ha entrado ya en el ocaso. Tal vez haya sido Kierkegaard quien más fino ha analizado esa enfermedad mortal. Los personajes inicos de Ibsen, Gide o Dostoievsky han de enfrentarse a la postre al destino inevitable de su insana libertad. Hasta arrancarse los ojos, como hizo el aciago Edipo, o arrojarse a un lago oscuro, como se arrojó Woyzeck, puede llevar la conciencia de actos bajos e inmorales. Cuando el hombre se estropea a causa de lo que hace es capaz de cualquier cosa. Por eso es seria la ética.

No hace falta exagerar, dramatizar o extremar para mostrar a las claras lo intrínseco de la ética. Lo intrínseco de la ética, lo más íntimo y más interior, es el vicio y la virtud. “Del actuar humano”, dice Polo, “se sigue un resultado exterior, pero también un resultado interior, es decir, una modificación de su propia naturaleza, a la que llamamos virtud”. La virtud es un estado interior. Una modificación interna. Un logro muy especial. Y eso no es ningún refugio. No busca albergue seguro frente al mundo desdichado. No es una coraza dura que resista el fatalismo. No es un búnker la virtud para proteger la vida de la amenaza del cosmos. Ni es un objetivo suyo hacer al hombre impasible. En un tronco indiferente que ni siente ni padece. Esa es la meta miope del lánguido estoicismo. El estoico anhela y quiere la impavidez aplanada. No mira el templado estoico, que ve en la virtud asilo, a los actos ulte-

¹⁵ “La ética, pues, no puede perderse en una reflexión interminable que no alcance nunca a nuestra clase de vida”; N. Bilbeny, *Aproximación a la ética*, Ariel, Barcelona, 1992, 16.

riores. El futuro le parece algo que no está en su mano. Por eso se desentendiende de dar consistencia estable a las acciones del hombre, ordenar su biografía, estructurar su existencia, orquestar toda su vida. Pero cerrarse al futuro es un modo de evasión. Y eso es lo que hace el estoico: plantar cara y resistir, guarecido en la virtud, la acometida implacable de la ciega adversidad. Ningún asilo inviolable, por protegido que sea, cuadra con la vida humana. El hombre, ser que inaugura futuros, se abre y se abre al mañana. Su futuro es para siempre perspectiva y porvenir. Es ser capaz de esperanza. La vida del hombre es, con el fin en el futuro, una vida destinable. Para encarar el futuro, no para aguantar los tragos, nos prepara la virtud. Por eso es seria la ética.

Hegel confiesa a las claras, en un viejo manuscrito de su periodo de Jena, la vinculación estrecha de la filosofía con la vida. “La verdadera necesidad de la filosofía no se basa en otra cosa como no sea aprender de ella y a través de ella a vivir”¹⁶. A vivir, a mejorar y ascender, a crecer y a prosperar, a acrecentarse, agrandarse, formarse y agigantarse debe enseñarnos la ética.

¿Por qué debo ser moral? Esta pregunta simplona no tiene ningún intrínquis. Nielsen y Mitchel sostienen que la pregunta pregunta por los motivos profundos de las acciones del hombre¹⁷. Por los resortes ocultos que impulsan hacia la ética. Singer, mucho más interesado, cree que al hacer la pregunta se busca la utilidad. El propio interés ordena, cuando se ve a largo plazo, realizar actos morales. Baier, simpatizante leal del credo utilitarista, cree que el mundo irá mejor si todos somos morales. He de proceder con ética, cree Baier como antes Hobbes, porque cumpliendo el deber las cosas marchan mejor. Si todos somos morales será una balsa de aceite la vida en la sociedad¹⁸. Henrich, kantiano de pata negra, cree que la pregunta escruta la importancia de las leyes. Ser morales significa reconocer la valía de los preceptos morales. La enjundia el toque y la esencia de mi condición moral es “reunir las implicaciones de mi orientación vital natural”. El hombre vaga perdido, cree Henrich siguiendo a Kant, por dos mundos diferentes. El de las ideas palmarias de la razón infalible y el del sentimiento extraño de un deber que me espolea a seguir la ley moral. Yo debo ser moral porque, siguiendo la ley, me uno conmigo mismo¹⁹. He ahí la respuesta bien-

¹⁶ M. Baum / K. Meist, “Durch Philosophie leben lernen. Hegels Konzeption der Philosophie nach den neu aufgefundenen Jenaer Manuskripten”, *Hegel-Studien*, 1977(12): 32-81.

¹⁷ K. Nielsen, “Why should I be moral?”, en *Readings in Ethical Theory*, New York, 1970, 747-768. D. Mitchel, “Warum soll ich sittlich sein”, *Ratio*, 1970 (12), 120-124.

¹⁸ K. Baier, “Moral reasons and reasons to be moral”, en *Values and morals*, Dordrecht, 1978, 231-256.

¹⁹ D. Henrich, “Die Deduktion des Sittengesetzes. Über die Gründe der Dunkelheit des letzten Abschnittes von Kants ‘Grundlegung zur Metaphysik der

quista de la moral normativa. La moral racionalista, como la moral de Kant que tanto enaltece Henrich, manda atenerse a las leyes. Cree que así nos liberamos de esa situación impúber que es la minoría de edad. Viviendo según las leyes somos personas mayores. Al ajustarme a la ley, a la ley de la razón que yo mismo descubro en mí, me convierto en ser autónomo. Ya no soy irracional, ni insensato, ni una bestia, ni un salvaje. ¿Y qué soy entonces ya? Soy sólo un moral burócrata que sigue la ley moral como un frío reglamento. Y es que la ley sin virtud es un engorro insufrible. Un fastidio, una molestia, una lata y un incordio. ¿Y a qué invitan los escollos? A saltarlos con astucia y a guardar las apariencias. Creo que Henrich se equivoca. “El normativismo ético es una petición de principio. Sin virtudes, el cumplimiento de normas es inhumano y éticamente insuficiente. Prescindir del crecimiento moral y regir la conducta por una razón fija degrada la norma convirtiéndola en un reglamento”.

¿Por qué debo ser moral? Porque lo pide la vida. ¿Para qué hay que ser moral? Para que la vida crezca, para atesorar virtudes, para estructurar la vida, para encarar el futuro, para ser mejor persona, para vivir en el tiempo sin resignarse a las modas, para escribir con estilo nuestra humana biografía, para planear, proyectar, no cancelar el mañana, crecer y desarrollarse, avalorarse y hacerse. Por eso hay que ser moral. La bisagra conductora que articula la moral es, sin duda, la virtud. Ella es el gozne y el pernio sobre el que gira la ética. Sin virtudes acendradas podemos dar la espalda al bien. ¿Basta con que el bien sea amable para adherirnos a él? No basta que el bien sea amable. Además se necesita que nosotros no falleemos. Y sin virtud no es posible estar a la altura excelsa de la bondad y del bien. Para amar en serio al bien es preciso hacerse bueno. ¿Y qué decir de la norma cuando falla la virtud? Que es una gaita cargante que se salta a la torera cuando no nos mira nadie. Tanto la moral de normas como la moral de bienes no son nada sin virtud. Bienes, normas y virtudes son las tres grandes secciones de la moral integral.

Una ética integral nos ayuda a ganar tiempo. La ética es el modo humano de aprovechar en beneficio propio su marcha veloz, de vencerlo y sobreponerse a su curso imperturbable. Hay quien cree que eso es imposible. El tiempo pasa deprisa dejando a su lado desolación y ruina. La “gran señora”, como llamaba Hegel a la muerte, aguarda agazapada en los rincones de la existencia. Ella es la única vencedora. *Es kommt der Tod* –dice el sombrío Heine–, *der Sarg ist fertig* (*Se acerca la muerte, está preso el féretro*). Y Lessing, que empinaba el codo a menudo, sucumbe también al desaliento: *Adelante, siervo de Baco* –dice a un moribundo–, *se acabó para ti haber gozado*. Pero los poetas yerran mucho. A veces se les va el santo al cielo o se dejan cosas en

Sitten”, en *Denken im Schatten des Nihilismus. Festschrift für Wilhelm Weischedel*, Darmstadt, 1975, 55-112.

el tintero. O echan en olvido, como en este caso, que el hombre es capaz de un reciclaje absoluto: de crecer sin parar, sin coto ni medida ni límite. Llegar a ser el que somos es una tarea infinita. “La medida del hombre es la desmesura” (J.A. Marina). Su alma es como una flecha lanzada al infinito. Nada humano lo sacia. Vuela tras la fuente de aguas caudalosas cuya “claridad nunca es oscurecida y toda luz de ella es venida”. El gran Juan Ramón Jiménez llamó a su lírica obra “imposible norma bella”, “una pintura en el aire” a la que a la postre aguarda “el gran silencio solar, la ignorancia de la luna”. Ni silencio ni ignorancia son el cuitado destino de la vida virtuosa. Por eso es seria la ética.

A través de mi ventana veo espejear el mar nevado por el resplandor del amanecer. Los rayos del sol caen sobre el agua como una llovizna tierna. Los pescadores, devastados por las horas de brega, recogen el aparejo. He ahí una espléndida metáfora de la ética: una vida buena traspasada por la belleza. Pero para la vida buena, la plena, entera, de veras, es deficiente la ética. La moral no da para tanto. “La mera *moralidad*”, dice Lewis, “no es el fin de la vida. Hemos sido hechos para algo distinto de eso. La gente que sigue preguntándose si no puede llevar una ‘vida decente’ sin Cristo no sabe de qué va la vida. Si lo supiera, sabría que una ‘vida decente’ es mera tramoya comparada con aquello para lo que los hombres hemos sido realmente hechos. La moralidad es indispensable. Pero la Vida Divina, que se entrega a nosotros y nos invita a ser dioses, quiere para nosotros algo en lo que la moralidad pueda ser devorada. Tenemos que ser hechos de nuevo... La idea de lograr ‘una vida buena’ sin Cristo descansa en un doble error. El primero es que no podemos. El segundo consiste en que, al fijar la ‘vida buena’ como meta final, perdemos de vista lo verdaderamente importante de la existencia. La moralidad es una montaña que no podemos escalar con nuestro propio esfuerzo. Y si pudiéramos, pereceríamos en el hielo y en el aire irrespirable de la cumbre, pues nos faltarían las alas con las que completar el resto del viaje. Pues *a partir de ahí* comienza la verdadera ascensión”. Por eso es seria la ética.

José Luis del Barco
Depto. Historia de la Filosofía
Universidad de Málaga
Avenida Estación s/n
29017 Málaga España